

Duc in altum

MERCEDES GORDON*

Después de ayudar a la caída del Muro, tras la celebración del Gran Jubileo del 2000 cuya Puerta Santa abrió a cuatro manos con representantes de otras religiones cristianas, después de peregrinar al Sinaí y a Tierra Santa clamando por la paz entre judíos y palestinos, de ir tras las huellas de San Pablo, de abrir en Atenas las puertas cerradas hace mil años entre católicos y ortodoxos, de entrar en la mezquita de Damasco para dar un mensaje de diálogo y colaboración entre católicos y musulmanes y antes de viajar a Ucrania, corazón del cristianismo ruso ya que en Kiev tuvo lugar el bautismo de Vladimiro, este Papa de 81 años, frágil de cuerpo y potente de espíritu, ha convocado el VI Consistorio extraordinario de su pontificado para tomar el pulso a la Iglesia y al mundo, para escuchar a sus más cercanos colaboradores y entre todos

establecer el programa de la Iglesia para afrontar los retos del milenio que comienza.

En este momento lleno de desafíos y esperanzas, Juan Pablo II toma como lema para todos los católicos la frase que Cristo dijo a los apóstoles : *Duc in altum*. Remar mar adentro. El *altum* hacia el que la Iglesia debe dirigirse no es sólo un compromiso misionero más fuerte, explica, es sobre todo un compromiso contemplativo más intenso, un compromiso de santidad, lo que no significa olvidar la tierra y los hombres.

“La contemplación cristiana no nos aleja del compromiso histórico”, aseguraba el Papa a los 153 cardenales de los cinco continentes reunidos en Roma durante tres jornadas agotadoras (21-23 de mayo), no sólo por el

* Profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

calor “de Sirocco” como comentaba el cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid, sino por el esfuerzo del debate abierto según el esquema de 21 preguntas sobre siete temas candentes de la realidad actual de la Iglesia y de la humanidad. Sólo han faltado por enfermedad o imposibilidad de viajar 28 del total de los 188 miembros del Colegio Cardenalicio. Un pleno como nunca se había visto en la Ciudad Eterna, que ha sumado a los octogenarios que no votarán en un eventual conclave, con los veteranos que sí lo harán y los de la flamante hornada de 44 purpurados creados hace tres meses, los benjamines del Colegio. Estos últimos se estrenaban, por así decir, en las tareas del cargo. Se vivía la alegría del reencuentro entre los antiguos y la expectación del descubrimiento de los nuevos en las reuniones del Consistorio y en los almuerzos y cenas en las *trattorias* del Largo los Borgo al pie del Vaticano.

La cuestión de los papables y de si el Consistorio era nada menos que un pre-conclave fue para algunos periodistas como la serpiente de verano para algunos periódicos en época estival. O sea, mero rumor vacío de consistencia informativa aunque el tema hiciera correr palabras huecas e intenciones sesgadas, además de grandes titulares de esos que desorientan a la opinión al confundir la vida de la Iglesia con la de un Estado cualquiera.

La idea de este Consistorio es del Papa, deseoso de alentar al máximo el impulso de Gracia del Jubileo del 2000. ¿No había convocado su V Consistorio extraordinario en 1994 con objeto de preparar el Jubileo? Pues ahora ha querido sentarse otra vez con sus cardenales y debatir a puerta cerrada las necesidades de la Iglesia para cumplir su compromiso histórico de anunciar el Evangelio a los pueblos en este nuevo siglo caracterizado por la globalización y la secularización, el hedonismo y el rechazo de normas morales, que coloca la libertad del individuo por encima de la Verdad, con

problemas graves como los que plantea la bioética, los cambios en la institución familiar, y una humanidad irracionalmente sometida al dominio de los medios y de las nuevas técnicas de comunicación social.

Este VI Consistorio echa sus raíces en la Carta que Juan Pablo II escribió a todos los hombres de buena voluntad el pasado 6 de enero. *Novo millennio Ineunte* (Al comienzo del nuevo milenio) Asombrosa carta. Llega al corazón de los creyentes por su viveza, su lenguaje fresco y vivo, que sabe a Iglesia primitiva y demuestra una vez más el increíble talante de pastor santo de su autor. Carta que hay que leer y releer.

El hemiciclo del aula Pablo VI, que va quedándose pequeño, reunía a los cardenales presididos por el Pontífice. Apenas se ha hablado en latín. El equipo de traducción simultánea iba trasladando al español, inglés, francés, alemán e italiano cuanto los cardenales con plena libertad exponían en su lengua natal durante 5 ó 10 minutos sobre problemas y soluciones, yendo al grano y en lenguaje directo, sin pelos en la lengua tal y como les había pedido el Papa al saludarles: “focalizar los objetivos misioneros prioritarios y los métodos de trabajo idóneos y exponer los medios necesarios para alcanzar los objetivos”. Roma quería saber: ¿dónde va la Iglesia?, ¿donde debería ir? ¿Qué tendría que rectificar o promover?

Un saludo del africano cardenal Bernardin Gantin, decano del Colegio Cardenalicio, y las intervenciones oficiales del joven cardenal italiano Crescenzo Sepe y del veterano cardenal francés Roger Etchegaray, evocando datos, acontecimientos, significados del Gran Jubileo, precedió a la única ponencia propiamente dicha, la del cardenal arzobispo de París Jean-Marie Lustiger, de origen judío, quien recordó que la Iglesia no es una de las instituciones del cuerpo social de la humanidad

y no puede ser considerada desde puntos de vista humanos, sino con los ojos de la fe.

Para Lustiger no hay recetas mágicas para afrontar la renovación de la Iglesia, pues sería ingenuo confiar en simples medios técnicos: “No será una fórmula lo que nos salve sino una Persona, Cristo: la iglesia no puede renovarse más que convirtiéndose a su Señor”. Añadió que la humildad, la pobreza, la caridad y el amor hacia los pobres, los que no comprenden, los que no saben lo que hacen, serán la fuente de toda renovación evangelizadora. Y concluyó: “A pesar de las incompresiones inevitables entre los pueblos cristianos por la historia, la cultura y los intereses, hemos de ayudar a nuestros hermanos y hermanas a aceptarse, a amarse los unos a los otros en verdadera comunión”.

Hubo un resumen final, del relator del Consistorio, cardenal arzobispo de Guadalajara (México) Sandoval Íñiguez, y un mensaje del Consistorio a la catolicidad anunciando que la Iglesia quiere ser solidaria con la humanidad, especialmente en el actual contexto de la globalización, y pidiendo solidaridad con la multitud creciente de pobres, de personas que sufren, de hombres y mujeres a los que se les pisotea en sus sagrados derechos a la vida, a la salud, al trabajo, a la cultura, a la participación social y a la libertad religiosa. Además proclamaron la solidaridad de toda la Iglesia con África, donde numerosas poblaciones sufren conflictos étnicos, pobreza persistente o graves enfermedades.

Junto con el Papa, los cardenales piden a los cristianos que recen por la paz en Tierra Santa y afirman que frente a los graves y nuevos desafíos que la Iglesia encuentra en el actual cambio histórico de época, la experiencia de fe vivida con el Gran Jubileo les lleva a no tener miedo y a remar mar adentro.

Punto final fue la gran Eucaristía de los cardenales concelebrando con Juan Pablo II en la Basílica de San Pedro. En la homilía el Papa habló del fenómeno de la globalización y cuánto va emergiendo en el ámbito de las interrogaciones morales, y dijo: “Nunca como hoy se plantean en el plano de la bioética, además de los de la justicia social, de la institución familiar y de la vida conyugal, la humanidad resulta interpelada por problemas formidables que ponen en cuestión su propio destino”.

Aunque reunido a puerta cerrada para desesperación de los periodistas, con escasa información sobre lo que sucedía en el Aula, los debates del Consistorio (asamblea plenaria de los cardenales de la Iglesia católica que puede ser ordinaria o extraordinaria) han tenido, sin embargo, eco en las declaraciones del director de la sala de prensa vaticana, Joaquín Navarro Valls, y en las que los cardenales hacían, acosados por los informadores al entrar y salir de las sesiones.

En resumen, se ha visto un consenso amplio sobre la necesidad de reforzar la colegialidad episcopal, es decir la corresponsabilidad de los obispos, de las conferencias episcopales y de los Sínodos en el gobierno de la Iglesia, expresado gráficamente por el cardenal inglés Murphy-O'Connor al decir “Nunca Pedro sin los once y nunca los once sin Pedro”. Daneels remachó el concepto diciendo “La Iglesia no puede bailar sobre una sola pierna”. O sea, se quiere una mejor articulación entre la Curia, las conferencias episcopales, los sínodos (asamblea de todos los obispos del mundo) y los consistorios (asamblea plenaria de los cardenales). Idea repetida por el italiano cardenal Ruini y ampliada por el cardenal alemán Walter Kaspers, quien afirmó “que la comunión realizada en la Iglesia católica será una invitación y un incentivo par los otros

cristianos”. Para Kaspers la unidad de los cristianos es el gran tema del nuevo siglo.

Otra cuestión, la posibilidad de un nuevo concilio, quedaba zanjada porque muchos cardenales consideran que aún no se han agotado las potencialidades del Vaticano II. Así opinaron el francés Paul Poupard, el alemán Joseph Ratzinger, el francés Roger Etchegaray, el colombiano Darío Castrillón, el belga Godfried Daneels, el español Antonio María Rouco, el hispanoamericano Rodríguez Madariaga, Zenon Grocholewski, el italiano Dionigi Tettamanzi y otros.

En cambio han abogado por la reforma del Sínodo de los Obispos varios cardenales: el italiano Carlo María Martini, los hispanoamericanos Aloisio Lorscheider (brasileño) y Rodríguez Madariaga (), el inglés Cormac Murphy-O’Connor, el belga Godfried Daneels, el italiano Achille Silvestrini, el estadounidense Bernard Francis Law y el alemán Walter Kasper; ellos consideran que la Iglesia debe presentarse una y diversa al hombre de hoy. El cardenal Godfried Daneels, arzobispo de Malinas-Bruselas, refiriéndose a la colegialidad consideró que debería manifestarse mejor entre los obispos, porque todos tienen responsabilidades inalienables. Pero una de sus mejores reflexiones es la que advierte de que el europeo de hoy corre el riesgo de abandonar la sacramentalidad cristiana para construirse una natural de sabor pagano.

Se ha palpado un difuso sentimiento de insatisfacción por el procedimiento de los sínodos de los obispos reducidos a un monólogo sin debate y sin respuesta, según algunos. Además, el Prefecto de la Signatura Apostólica, el italiano Francesco Pompedda, sostiene que no es suficiente la praxis de consultas actuales para la selección de obispos. Está claro que hay un afán de mayor comunicación sin interferencias curiales entre el Papa y los obispos.

Sin embargo, el estadounidense Avery Dulles, famoso teólogo, declaraba que el primado del Papa no es el gran obstáculo al ecumenismo como se cree, sino al contrario, porque numerosas confesiones cristianas sienten la ausencia de un primado ahora que progresa la mundialización.

La preocupación por la situación de la familia es un denominador común. El nuevo cardenal arzobispo de Toledo, Francisco Álvarez Martínez, ha impactado a sus colegas al decir que así como antes la cuestión social de los conflictos entre el capital y el trabajo suscitó la doctrina social de la Iglesia, hoy es la familia el gran desafío y tenemos que estudiar los factores antropológicos, la relación hombre-mujer, la educación afectiva, los comportamientos éticos, etc.

En este sentido el cardenal colombiano Alfonso López Trujillo anunció un diccionario sobre sexualidad y familia realizado por expertos para ayudar a comprender mejor a los operadores pastorales la nueva cultura sexual. Asimismo el cardenal Ruini comentó el desafío que para la familia es la biotecnología. La Iglesia apuesta por una renovación que se preocupe tanto de las ciencias de la familia como de las ciencias de la comunicación

Se han apagado las luces del gran anfiteatro del Aula Pablo VI en el Vaticano, donde resuenan las voces de los cardenales que han regresado a sus casas con la conciencia de haber vivido “una experiencia extraordinaria”, según Lustiger declaró a *Le Figaro*, pero también con la preocupación de tener que anunciar a Cristo en una compleja sociedad pluralista. El Papa ha escuchado atentamente a sus colaboradores y tiene sobre su mesa las incitativas, reflexiones y quejas. Es un pontífice que sorprende siempre y, aunque dicen en medios vaticanistas que a estas alturas de su pontificado (23 años) el contenido de este consistorio será una herencia para su

sucesor, que él no hará más reformas en la curia de las que ya ha realizado, ya se verá.

Quedan lejos los brindis del fraternal almuerzo de despedida que el Papa les ofreció en el gran comedor de la nueva hospedería de Santa Marta, regida por Hermanas de la Caridad, donde se celebrará el próximo cónclave cuando Dios disponga y donde también, como se sabe, el que entra Papa sale cardenal y eso podría suceder a los papables de los que más se habla que son hombres muy valiosos, por supuesto, como Tettamanzi (después del Papa eslavo, ¿como no va a ser italino el sucesor?), o el hispanoamericano Darío Castrillón (Hispanoamérica es el futuro de la Iglesia, la gran esperanza, pues declinan las viejas cristiandades de occidente), o el alemán Walter Kasper (Europa tiene que tener la palabra de la unidad), así hablan los especialistas del horóscopo. Sin embargo, ¿a qué tanta elucubración? ¿Por qué no esperar a que el Espíritu Santo decida cuándo y quién?